



# Fajismo aristagógico

El reino parece que no se resigna a su derrota y vuelve a lo del desquite que ha de impedir, a la vez, y esto es lo capital, el proceso de la irresponsabilidad. Acaso es prematuro desembarcar de la nave del Estado sin haber hecho paco-tilla.

Todo ese alboroto pidiendo el castigo de las huestes de Abd-el-Krim — que, por cierto, no han hecho más salvajadas que las huestes de Martínez Anido y de Arlegui en Barcelona; — todo ese alboroto viene porque fracasó el que provocó Millán Astray, el del Tercio, y porque fracasó la maniobra de Maura de que juzgara el Senado y no el Tribunal Supremo de Guerra y Marina a los celestinos y encubridores de la irresponsabilidad. Todo ese alboroto pidiendo que se arrase las moradas de los beniurriagueles es otra nueva forma de fajismo.

A las criminales — así, como suena, criminales — excitaciones de un diario de la corte, órgano de la ramplonería y de las más bajas pasiones, para que no se deje piedra sobre piedra «en aquellos campos de barbarie» y se siembre allí «la desolación y la muerte», responden los cesarianos pidiendo que se les deje formar un fajo de voluntarios que vaya allá, al Rif, a ¡vengar el honor! Pero ¿sólo a eso?

¿No será más bien que ese fajo se quiere formar no para Marruecos, sino para España, y para impedir aquí la definitiva derrota del reino? Se dice que en las más altas esferas del poder corren vientos helicóicos. Es que acaso se cree allí que se está jugando la última carta el régimen.

Si, sí; está muy bien eso de decir que hay que exigir todas las responsabilidades y a todos, y si fuera preciso hasta al por ley constitucional irresponsable — se lo hemos oído nosotros mismos: — pero eso se dice a unos y luego se hace todo lo posible para estorbarlo. Y si no, ¿cómo y por qué se precipitó la última crisis antes que el Senado concediese el suplicatorio para procesar al general Berenguer, que es quien puede y debe declarar quién ordenó aquel desatino avance del general F. Sívestre sobre Alhucemas, que fué el origen de toda esta providencial derrota?

No ha habido más remedio que autorizar o no impedir la gestión generosa, noble y nacional del señor Echevarrieta. Hasta se ha querido darle un título, que él, ¡relato!, ha rechazado. Y es que

el señor Echevarrieta, bilbaíno como él que esto escribe, sabe lo que esos títulos valen. ¡La de botarates a que se ha hecho en Bilbao condes y marqueses! Varón a ninguno que sepamos. Como que la grotesca Liga Monárquica de Vizcaya no es más que un vivero de señoritismo pseudo-aristocrático a base de despotismo dinástico o de dinastismo deportivo. Cuando no dé negocios bancarios, dinásticos también. Y no, el hijo de don Cosme Echevarrieta — ¡cómo nos acordamos de él y de las voces de aliento que nos daba en una de nuestras más bravas batallas! — no puede ponerse al nivel de esos titulados que le denostaban en el verano de 1917. Además, su servicio al rescatar los cautivos ha sido un servicio a la nación y no al reino, y los títulos son títulos del reino — así se les llama — y no de

la nación. Para el reino ese rescate de la en un tiempo llamada carne de gallina — que ahora va a hablar — es un servicio más bien. Y lo del título del reino debe quedar para Millán Astray, hijo — o mejor Millán Terreros, — a quien se le puede hacer marqués del Fajo. Pero pronto, no sea que luego sea tarde. Y a Cierva duque de Córdoba.

Ya el presidente del actual Consejo de Ministros — hoy 7 de febrero — es marqués de... ¡Alhucemas! Título profético. Lo mismo que a su suegro don Eugenio Montero Ríos se le pudo haber hecho marqués del Tratado de París o duque de Meco. Y ¡que no fué sacrificio el de aquel hombre! Fué a firmar a París la derrota de la Regencia, a legalizar el desastre de 1898. Como ahora se ha firmado, con el rescate, la derrota de la Tras-Regencia y se ha terminado el desastre de 1921. Pero falta lo de las responsabilidades; falta lo de la irresponsabilidad. Hay que procesar y juzgar y condenar a la fatalidad.

¿Fajos? No sirven ya. Y menos de oficiales. No, nada de fajos. Eso de querer llevar la desolación y la muerte a los aduarez de los beniurriagueles es una diversión estratégica. Mas es tarde para ella. Eso es cosa de los titulados dinásticos de una o de otra especie. Y si el fajismo demagógico es, acaso posible, el fajismo aristagógico no es más que una ridiculez. Que lo dirija ese fantástico Duque de G. que antaño cultivó la hoja de parra.

Y todo ello no es más que troglodítico. Están riñendo la última batalla. La derrota del reino llova la derrota de sus propósitos. Porque ni creen ni fían en el pueblo ni en la nación.

Miguel de UNAMUNO.

